



EL NIHILISMO MÍSTICO DE CARLO MICHELSTAEDTER

Por José Biedma López

Doctor en Filosofía y ciencias de la Educación

Tutor de la UNED

A Rafael Rivlin

Abstract

Carlo Michelstaedter sent his undergraduate thesis *Persuasion and Rhetoric* and immediately shot himself in October 1910, at the age of 23. His work has exceptional poetic force and rational rigor. In it he shows a deep knowledge and an original interpretation of Platonic philosophy. He is a remarkable exponent of the tearing of consciousness in the end of the century crisis and a clear antecedent of the existentialist nihilism that the great thinkers of the interwar period would develop. The article offers a critical synthesis of his thought.

Sinopsis

Carlo Michelstaedter mandó su tesis de licenciatura *La Persuasión y la Retórica* y enseguida se pegó un tiro en octubre de 1910, con 23 años. Su obra tiene una fuerza poética y un rigor racional excepcionales. En ella muestra un profundo conocimiento y una interpretación original de la filosofía platónica. Es un notable exponente del desgarramiento de la conciencia en la crisis finisecular y un claro antecedente del nihilismo existencialista que desarrollarán los grandes



pensadores de entreguerras. El artículo ofrece una síntesis crítica de su pensamiento.

Expresiones clave

Absoluto, desgarramiento de la conciencia, existencialismo, Idea del bien, misticismo, nihilismo, persuasión, *Philopsychía* (*apego a la vida*), retórica, suicidio.

Keywords

Absolute, tearing apart consciousness, existentialism, Idea of the good, mysticism, nihilism, persuasion, *philopsychia* (attachment to life), rhetoric, suicide.

EL APEGO A LA VIDA (φιλοψυχία, *philopsychía*)

1. En *Apología* (37^a) Sócrates admite que quizá les parezca a sus conciudadanos atenienses arrogante. Pero no es así. Lo que sucede es que está *persuadido* de que no hace daño voluntariamente a ningún hombre. Podría convencer a su auditorio de esto, si tuviera tiempo... Como no hecho daño a nadie, tampoco se lo ha causado a sí mismo ni puede proponer que se lo hagan. Rechaza por eso ser sancionado con multa o con destierro. “¿No tendría yo, ciertamente, mucho amor [demasiado] a la vida (φιλοψυχία), si fuera tan insensato como para no poder reflexionar que vosotros, compatriotas míos, no habréis sido capaces de soportar mis conversaciones y razonamientos, sino que os han resultado lo bastante pesados y molestos como para que ahora intentéis libraros de ellos, y que acaso otros los soportarán más fácilmente?”. Concluye Sócrates (seguramente el ateniense histórico pero también el personaje que comienza a inventar o sublimar Platón), que donde fuere, los jóvenes escucharán sus palabras como ha sucedido en Atenas. Si él los rechaza, lo expulsarán de su ciudad; si no los rechaza, lo expulsarán los mayores. Poco



después añade Sócrates la célebre máxima de que “una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre” (38ª).

Sócrates no niega amar la vida, no niega su “philopsychía”, pero este apego no vale lo suficiente para soportar la indignidad de echarse encima una culpa que no merece. “Que no tienen los enemigos más armas ni mayores fuerzas que nuestras culpas” –escribió sor María Jesús de Ágreda a Felipe IV. Sócrates no ve motivo para dar a sus enemigos esta ventaja porque no se siente culpable.

2. En el *Gorgias* (512e) se insiste en que el hombre justo “no debe tener excesivo apego a la vida (φιλοψυχία), sino que, remitiendo a la divinidad el cuidado de esto y dando crédito a las mujeres, que dicen que nadie puede evitar su destino, debe seguidamente examinar de qué modo llevará la vida más conveniente durante el tiempo que viva, si por ventura lo conseguirá adaptándose al sistema político del país en que habite”. De este modo, Calicles, el interlocutor vitalista de Sócrates, se haría agradable y obtendría poder, que es lo que buscan los fuertes, haciéndose semejante al pueblo ateniense, porque a todos los hombres les alegra que se hable con arreglo a su pensamiento. Sin embargo, puede que esta adaptación sea al precio de lo más querido, como se dice de las magas tesalias que hacen descender la luna, pero al precio de perder la vista y quedar paráliticas.

3. En *Leyes* (944e) Platón distingue entre el que pierde accidentalmente las armas y el que las arroja por cobardía prefiriendo huir a defenderse “por causa de su excesivo apego a la vida” (ὅτι τοῦτων ἐγγύτατα φιλοψυχίας ἔνεκα), para que no corra peligro durante lo que le queda de existencia y viva el mayor tiempo posible como un cobarde cubierto de oprobio.



Aquí el instinto de supervivencia, el estar aferrado a la vida, es timbre de cobardía, como en Herodoto.

Sócrates y Platón no consideran la vida como un bien absoluto (tendencia no sólo natural, sino también culturalmente dominante hoy en día). Para ellos el bien no consiste en "salvar la vida" prolongando los placeres que en ella podamos procurarnos, sino en salvar la nobleza del alma propia. Son los malos, *kakói*, los mediocres, los que buscan sobrevivir a cualquier precio.

LA MELODÍA DEL JOVEN DIVINO

El arranque del capítulo II "La Ilusión de la persuasión" de la obra de Carlo Michelstaedter¹ (*Persuasión y Retórica*, 1910) recuerda la caída en el tiempo tematizada por el nihilismo cioranesco: "La vida sería una, inmóvil, informe, si pudiera consistir en un punto. La necesidad de la fuga en el tiempo implica la necesidad de la dilatación en el espacio: *la perpetua mutación*: de la cual se deriva *la infinita variedad de las cosas*: ἡ φιλοψυχία παντοία γίνεται πρὸς τὸν βίον.- Como en ningún punto la voluntad está satisfecha, cada cosa se destruye aconteciendo y pasando: πάντα ῥεῖ, por lo que sin descanso se transmuta en un continuo desear: y sin fin, sin cambios, está en cada momento entero y nunca finito el indiferente transmutar de las cosas... τόδε δὴ βίον καλέουσι,-". La última cita de Empédocles, "Y bien, a esto le llaman vida", tiene toda la pinta de estar usada irónicamente. Muestra una insatisfacción

¹ Carlo Michelstaedter nació en Gorizia en 1887, de una familia judeoitaliana, cuando esta ciudad formaba parte del imperio austrohúngaro. Estudió matemáticas en Viena y luego en el Instituto de Estudios Superiores de Florencia, atraído por el arte. *Persuasión y Retórica* fue su tesis de licenciatura, inmediatamente después de su presentación, el autor se suicidó, por lo que es interesante desde una perspectiva psicológica como explicación del acto trágico.



fundamental... ¡Infinitos son los disfraces de la *philopsychía*! Además, la *philopsychía*, el apego a la vida, acelera el tiempo, porque la vida siempre deambula ansiosa de futuro...

El eco pesimista y trágico de Schopenhauer suena aquí, tanto en la hipóstasis de la Voluntad, como en su incomprensible sentido². Uno de los maestros de Michelstaedter fue Ibsen, "el mayor poeta del nihilismo moderno" (Claudio Magris). ¿De dónde el hambre?, ¿y para qué? Es la pregunta elemental de la conciencia desgarrada finisecular, consciente de la muerte de Dios y de la crisis de los valores que en Él se representaban. Sin embargo Michelstaedter se muestra *religado* a lo Absoluto, *persuadido* de su existencia en una especie de misticismo (o hiperracionalismo) sin dios, que busca hacer *de sí mismo una llama* en la que arda el último presente. "Entonces estará persuadido –y en la persuasión tendrá la paz"³. Reivindica la *Persuasión* hipostasiada como una forma platónica de comunicación excelsa, frente al lenguaje ritualizado de la Retórica, sin embargo es consciente desde el principio de su "tesi di laurea" de que, aunque lo que va a decir ha sido dicho muchas veces, él no convencerá a nadie⁴. Retórica sería el *logos* que permite generar definiciones y por lo tanto absorbe en sí también a la dialéctica, tal y como Platón la desarrolla en el *Sofista* como método de recolección y división lógica; por el contrario, la Persuasión exige que se tome en consideración el

² Y eso aunque, en los años de formación del joven Michelstaedter, Schopenhauer no estaba aún traducido al italiano.

³ Cita el autor el lema polisémico y ambiguo: Δι' ἐνεργείας ἐς ἀργίαν, "por la actividad hacia el reposo", que gustó tanto a mi amigo Rafael Rivlin que se lo tatuó en un brazo. Debo a Rafael la pista de este poeta-filósofo que brilló en el mar Adriático como trágica estela luminosa pero efímera.

⁴ Claudio La Rocca manifiesta la paradoja de esta posición que parece suponer de entrada *el fracaso de la persuasión*. En "Carlo Michelstaedter y la experiencia del sentido". *Daimon*. Revista Internacional de Filosofía. Universidad de Murcia, nº 4.



interés contingente de la cuestión, práctico e histórico, así como el interés que tiene para el sujeto al que se dirige el orador. Ni que decir tiene que la irreductibilidad de una fractura absoluta entre ambos discursos, el de la Persuasión y el de la Retórica, es perfectamente discutible, por lo mismo que entre la demostración matemática y el halagüeño o engañoso juego "sofístico" se interpone el anchísimo campo de la argumentación tal y como la entiende por ejemplo Perelman, es decir, eso que Aristóteles llamó "dialéctica", argumentación meramente probable y más o menos basada en tópicos o lugares comunes.

Junto al entusiasmo genuinamente platónico por la Idea, subyace en el poeta-filósofo de Gorizia el pitagorismo dualista... "Y mientras el cuerpo vive en el bajo mundo de la materia, en el tiempo, en el espacio, en la necesidad: esclavo; el alma vive libre en lo absoluto". No obstante, frente al sofista que lo sabe todo, nuestro filósofo reconoce que "si supiera lo que significa cuerpo y lo que significa alma, tomaría partido decididamente por una de las dos partes –pero no lo sé". Tampoco conoce el Absoluto, pero cuenta con su vislumbre "como quien mira la oscuridad conoce la luz". Aunque sabe que la conciencia está hecha de deficiencias, reconoce que "su fin no está en el futuro, sino que tengo el fin razonable aquí y ahora, entero en el presente, no espero, no busco, no temo, sino que estoy persuadido".

Ya en el capítulo inicial de *Persuasión y Retórica* se había aludido al "hambre de lo más bajo", esa *envie de boue* tan característica en muchos poetas malditos, a la que Freud llamará inequívocamente "pulsión de muerte" y que en Michestaedter puede leerse como lucidez autodestructiva. "El peso [de la vida] nunca puede ser persuadido", escribe. "Nunca una vida está satisfecha de vivir en el presente, ya que es vida



en tanto que continúa". Tampoco el amor le sirve al poeta de consuelo ni puede librarle de la soledad (que imaginamos aquí como esos desiertos de Yves Tangüy con aisladas figuras inertes). Puede que el persuadido, que posee en sí su propia vida, sea al fin un alma desnuda en la Isla de los bienaventurados, como profetiza Sócrates en el *Gorgias*. Pero quienes buscan los abismos del alma también se arriesgan a perderla.

El gusto por la vida (*philopsychía*) es interpretado por Michelstaedter como vileza y culto a un dios, benévolo y prudente tal vez, pero que también se mofa de la individualidad que se adula, pues no puede iluminarnos más que con el placer y la promesa de un futuro feliz que vacía el presente de contenido y de sentido. Entonces la realidad para él son las cosas que le esperan en el porvenir, que será su fin. Este es el círculo sin salida de "la individualidad ilusoria", de "la persuasión inadecuada", una especie de huida hacia delante. A pesar de ello la obscuridad de lo desconocido e infinito se vislumbra. Los hombres desfiguran ese infinito tomándolo por el dios de la *philopsychía*, que es el placer, y si a pesar de ello no consiguen evitar el dolor, el hastío, la melancolía, gritan como los niños para aturdirse. A fin de cuentas el placer no es más que la flor del dolor, como la afirmación es la flor de la negación.

EJERCICIO DE MUERTE (*Thanatophilía*)

En el *Fedón* se define la filosofía como una preparación para la muerte (*mélete thanatou*). El hombre justo no debe temerla, e incluso puede esperar que le sea un bien, pues con la vida cesa el dolor. Para Sócrates la esperanza de encontrar en el más allá dioses justicieros, buenos y amigos de los hombres, es suficiente para que el sabio sonría ante la muerte o, por lo



menos, la acepte con serenidad. Sin embargo, allí también se argumenta contra el suicidio, porque si existe una razón justa para no temer la muerte, hay dos para que el sabio la espere sin prisa: dar pruebas de un ánimo esforzado que soporta con paciencia los males de la vida mostrándose firme sin ceder a la cobardía y, segunda razón, la de pensar que su persona y destino pertenecen a los dioses, sus creadores y dueños, y que no perteneciéndose carece del derecho de disponer de sí mismo. El cristianismo adoptará con facilidad estas ideas. Sin embargo, la reflexión socrática sobre el papel de la filosofía como preparación para la muerte influirá en el desarrollo de las escuelas socráticas, tanto estoicos como epicúreos jamás considerarán el suicidio como una infamia ni como un acto de cobardía.

También Carlo Michelstaedter, autor de *La persuasión y la retórica* (1910), condenó el suicidio en su obra lírica como suprema inautenticidad, exponente de la máxima ansia por consumir la vida y, sin embargo, sintiendo la llamada de la muerte que promete el olvido de la angustia de un vivir asediado por ella, se matará de un tiro de pistola en octubre de 1910. Doce años antes, un 29 de noviembre de 1898, Ángel Ganivet, otro excéntrico nihilista⁵, había puesto fin a su vida en las frías aguas letonas. Tanto el de Gorizia como el granadino son contrarios a la técnica, el progreso y la democracia.

La idea de que la peor desgracia del hombre es haber nacido forma parte de la visión trágica de la existencia humana tanto en las ancianas religiones orientales como en el pasado helénico. Es la cruz pesimista del optimismo vitalista, su otra cara. Firmada por Nietzsche el acta de defunción de Dios y

⁵ "El nihilismo es la larga y profunda sombra que arroja en su ocaso la cultura racionalista al proyectarse sobre la totalidad de la existencia". Pedro Cerezo. *El mal del siglo*, Madrid 2003, pg. 411.



puesto que la suma de penas *in hac lachrymarum valle* suele ser superior al conjunto de sus alegrías, es preferible no-ser antes que ser, por eso Philip Mainländer (Philipp Batz) afirmó en *La filosofía de la redención* (1876) que la moral ha de entenderse como la ciencia del querer morir. Es la figura del "suicidio lógico", que teoriza en la misma fecha F. Dostoievski con su condena a la Naturaleza, que de modo tan desconsiderado e insolente nos ha creado para el dolor... "No pudiendo aniquilar a la Naturaleza, me aniquilo a mí mismo por la sencilla razón de que me carga padecer esa tiranía, de la que nadie es culpable". Michelstaedter lo dice brevemente: "el nacimiento es el accidente mortal" (ya Anaximandro lo pensó también como un accidente moral, un delito, nacer, del que se paga la pena muriendo), por eso es pecado temer más a la vida que a la muerte y por eso florece irresistiblemente la Retórica como un velo engañoso de toda cultura.

Ya en la antigüedad el "suicidio lógico" tuvo su precursor en el cirenaico Hegesias, llamado *Peisithanatos*, el "predicador de la muerte". Pasando por el pesimismo trágico de Schopenhauer, sus ecos se pueden oír en correlación con el nihilismo del siglo pasado. "No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio", escribe Albert Camus en *El mito de Sísifo*. Carlo Michelstaedter, judío austrohúngaro nacido en Gorizia, escribe con veinte años una tesis doctoral y al día siguiente de presentarla, muy consecuentemente a mi juicio con su ineluctable conciencia trágica y desgarrada, se pega un tiro. La tesis se titulaba *La persuasión y la retórica* y a ella hay que reconocerle un innegable valor literario, tanto por su sugestión filosófica como por su potente inspiración poética, al margen de que nos guste o no su desesperada doctrina, que sin duda puede resultar tan inquietante como perturbadora, tan iluminadora como corrosiva. Muestra el juvenil y corajudo



ingenio del hebreo una hermosa pira teórica en la que sacrificarse iluminado, con el fin de arder sin paliativos. En eso queda la aspiración irrealizable de poseer en sí mismo todas las cosas, de calar lo Absoluto, como el mismo autor sugiere. Es la autoafirmación de la abeja, que al picar muere.

ORNAMENTOS DE SOMBRAS

Ampliando exageradamente el campo semántico del término "retórica", Michelstaedter arremete cáusticamente contra la cultura, la educación, el Estado..., desenmascara la civilización. La cultura violenta el alma, la educación la encorseta, la encadena, la coacciona, y este es "el camino polvoriento de la civilización"⁶. Si la vida es un valor irracional, la retórica es doblemente irracional al añadir el factor *ilusión*. Por Retórica entiende el conjunto de instrumentos ilusorios y de ilusiones con que el hombre busca enmascarar su lamentable condición. Es el fármaco opiáceo brindado por ideologías, convenciones sociales, por el ansia de poder y por el lenguaje mismo, ese ceremonial de trabajo y placer que convierte a los hombres en máquinas y todo valor en dinero. Como Nietzsche, en *La Persuasión y la Retórica* el lenguaje adquiere la condición de mecanismo intrínsecamente falseador, porque absolutiza al sujeto que habla y enmascara el verdadero presupuesto del discurso que es su *intención*. El Yo del discurso (o el del *cogito*) no es el de la intención significante. El autor se malicia que la intención sea siempre externa a la palabra.

A Michelstaedter le interesa sobre todo el resplandor⁷ –digamos intuito o persuadido- de esa Idea del bien, absoluta y perfecta, desde la cual Platón combate el apego a la vida de Calicles en

⁶ Sorprende el parecido entre estas descalificaciones de la cultura con otras del Michel Foucault temprano.

⁷ M. Ficino decía que la belleza es el resplandor del Bien (*De amore*).



el *Gorgias*. Sin embargo, para nuestro autor, después de Parménides, Empédocles y Sócrates, la filosofía descarriló en una dialéctica de nombres que es también una nomología, ese tejido construido por los hijos de la polis o por sus "sabios" como explicación sistemática de contingencias definibles. En Parménides la *persuasión* acompañaba a la verdad (DK 28B). De acuerdo con la interpretación de Giorgio Colli del poema parmenídeo, el hombre no es capaz de comunicar la *alétheia* con un logos, pero sí es susceptible de ser persuadido, de hacer un discurso racional que de algún modo reitere la *alétheia*⁸.

Los hombres fingen saber y se aturden unos a otros, se abandonan a las palabras que fingen comunicación. Se trata de un simulacro porque ninguno de ellos puede hacer que su mundo sea el mundo de los demás. Con esas palabras que contienen el mundo absoluto alimentan su aburrimiento y se hacen una cataplasma para el dolor. Son "ornamentos de la obscuridad" o adornos de las sombras (καλλωπίσματα ὄρφνης)⁹. Lo mismo que los nombres que se nos imponen como signos de las cosas. Ellos son Retórica. "Dale un dedo al diablo y te tomará toda la mano"... En efecto, *acostumbrarse a una palabra es como contraer un vicio*. Uno renuncia a apoderarse de las cosas cuando se conforma con el signo convencional. Uno tendría que crear su propio lenguaje para que la vida fuera de verdad suya¹⁰. La consagración a la Retórica del saber aparece

⁸ Pedro Redondo Reyes, *Minima Philologica*, Universidad de Murcia 2022, pg. 35. Se deduce que Parménides es el verdadero padre de la opción convencionalista del lenguaje.

⁹ Restauro la kappa en *kallôpismata*. A pesar de la cuidada edición que manejamos, con traducción de Rossella Bergamaschi y Antonio Castilla, presentación de Miguel Morey (*Philosophiae desconsolatio*), prólogo y notas de Sergio Campailla y tres escogidos textos complementarios (ed. sextopiso, 2009), no sé por qué en las palabras griegas, que el autor usa prolijamente, se han reducido todas las kappas a jis.

¹⁰ Según Pedro Redondo Reyes, *Op. cit.*, pg 61, Wittgenstein demostró que no existe un "lenguaje privado".



como una traición a la Naturaleza, pues la conciencia de quien sabe ya no es un organismo vivo, sino memoria ("¡hay que encontrar un árbol que se olvide de cómo se hacen las flores en primavera!"). La presencia misma de una memoria junto a la actualidad de la persona se interpreta como una enfermedad.

A la idea de Retórica opone el joven autor la de *Persuasión*. Sócrates y Cristo son figuras ejemplares de *persuadidos*. La Persuasión es camino sin señales que vence a la Retórica, estado en el que el hombre, decidido a depender sólo de sí mismo (*autarca*) se vuelve uno y deja de tener el ánimo dividido. Su mayor obstáculo es el tiempo. El verdadero mal, germen de todas las angustias, es la idea de futuro a la que los hombres con su creencia en el progreso sacrifican el momento y la ocasión (*kairós*). Lo peor es la incapacidad para vivir el presente. Sólo *el persuadido está* en posesión del presente. La persuasión se alcanza al tomar uno mismo la responsabilidad de la propia vida en uno mismo y no esperarla de otro. Y "vivir cada instante como si fuera el último" y tener la propia vida sin esperarla del otro o del Estado. No se trata de rendir culto a lo efímero, sino de la captación en el presente de la Eternidad. El hombre persuadido no vence a la muerte, pero la disuelve y supera entrando en comunión íntima con la realidad y el ser.

Se ha señalado la Influencia del pesimismo trágico de Michelstaedter en Heidegger, Wittgenstein y Derrida. La revalorización de las entusiastas *manías* platónicas en el *Fedro*, por encima del valor científico de la dialéctica o del escepticismo del *Parménides*, recuerdan los textos sobre la locura de Foucault... También María Zambrano, aunque nunca renuncia a la triple dimensión humana del tiempo, denuncia la condición del futuro como nombre abstracto del nuevo tirano (en *Persona*



y *democracia*¹¹). El futuro es ese dios desconocido al que debemos sacrificar todo, incluso la propia vida, entregados a la ilusa ilusión de que gracias a nuestro esfuerzo recobramos en el Futuro el Paraíso perdido. La filósofa española ve en ello el sentido sacrificial y trágico de la historia, precisamente porque la aventura de la historia tiene su fundamento en el futuro como algo mejor y más alto. No es posible sin embargo renunciar a esa idea, porque el futuro es también el tiempo fundamental del hombre en que se realiza la persona, que es siempre más lo que busca ser que lo que es todavía. El futuro tiene raíces muy antiguas, pero como el árbol de la vida, conservándolas, o crece o muere, tercio excluido. Se es persona cuando se está abierto al futuro.

Massimo Cacciari ha puesto de manifiesto la proximidad del concepto de persuasión (*Peithó*) de Michelstaedter con la *pistis* cristiana, o con el "salto en el vacío" de Kierkegaard. En *Efesios*, Pablo llama 'hoyó tès apeithías', "hijos de la im-persuasión (del des-creimiento) a aquellos que "siguen al príncipe de las potencias del aire", "los apetitos de la carne y los malos deseos". Y Atenágoras habla de la *philopsychía*, o sea del mismo apego a la vida como idolatría, insaciable sed del alma que destruye en el hombre la voluntad de ser imagen (*eikón*) de lo eterno. Igual que Michelstaedter, Atenágoras definía la *philopsychía* como un construirse ídolos contra la Verdad. Con razón se ha escrito que el de Gorizia aúna la Persuasión platónica con la angustiada certeza de Kierkegaard. No obstante, el misticismo de Michelstaedter también se nutre de sugerencias judías y de otras tradiciones religiosas orientales.

¹¹ Cfr. nuestro artículo "Vida histórica y personal...". *Antigona* (Revista de la Fundación María Zambrano), nº 7, 2020, pgs 10-19. "Todo endiosamiento exige una víctima", escribe la filósofa malagueña.



Sin embargo, la Persuasión es tabla imposible de salvación para Michelstaedter porque no transige con lo retórico, ni por lo tanto con lo relativo y contingente, por eso su prosa sangra y usa el griego huyendo de los lugares comunes (*tropoi*). Su anhelo de Absoluto le sume en la desesperación y el Camino de la Persuasión acaba siendo el del silencio, pues la persuasión es fractura de la voluntad de supervivencia (*philopsychía*). Le sobra posiblemente sentido de dignidad a esta alma desolada, dignidad a la que también podemos llamar orgullo e incluso soberbia. Ni siquiera el arte es suficiente consuelo para un ser que se sabe avocado a la nada. Y de nada sirve alardear el valor de desafiar a la nada, pues se antoja inútil conjurar el miedo a la muerte mediante el gesto vano de la *mímesis*. No transige un alma que busca su verdad con las consolaciones de la Retórica, siempre dispuesta con sus Sirenas a hacer que el hombre recaiga en brazos de la vida inauténtica o la persuasión ilusoria que hacen imposible el verdadero amor. El supuesto amor correspondido (*antérôs*) no es Eros sino una máscara de pelea (*neikôs*).

NIHILISMO MÍSTICO

Se ha visto cierto paralelismo o correlación entre la Idea de Persuasión de Michelstaedter, el neoplatonismo y la teología negativa, como si saltase el escepticismo analítico de la Academia media y nueva, hasta la exaltación del Absoluto, de la Unidad plotiniana de la idea, que es también el ideal de lo Uno. En efecto, la Persuasión niega el tiempo y la voluntad siempre deficiente. Se trata de un idealismo menos sobornable que el del propio Platón, pues este al fin y al cabo, después de la reducción al absurdo del dualismo parmenídeo, transigirá con lo que siendo irreal no por ello carece de algún tipo de existencia representable: lo *metaxý*. La dialéctica platónica es una apuesta por el saber y la ciencia, con la que Michelstaedter



tampoco consiente. Para trabajar en lo vivo el valor individual –decisiva aspiración del poeta-, hace su vida cada vez más rica en negaciones, porque se trata de *crearse a sí mismo y al mundo*. Ni qué decir tiene que tal endiosamiento estaba condenado al fracaso. Es el mandamiento apolíneo (Γνωθι σεαυτόν), pero aplicado en plan solipsista: “porque el mundo no es más que *mi mundo y si lo poseo me poseo a mí mismo*”. Un querer no querer es, obviamente, no sólo contradictorio sino autodestructivo. Como en el budismo zen, se trata de un pensar que busca su vaciedad, su no ser.

Por su parte las exigencias de la Idea del Bien, de la Justicia, del Absoluto platónico en el que Michelstaedter permanece estático, son infinitas. La razón es una hipérbola que se acerca infinitamente a su asíntota: *Tò agathós*. – Así que, los que mandan, jamás podrán contentarte. “El derecho de vivir no se paga con un trabajo finito, sino con una actividad infinita”. No obstante, “la dulzura del conocer” aparece por principio como traición a la naturaleza. “Más felices son las bestias, que no tienen un ‘alma inmortal’ que las arroje al caos de la impotencia retórica”. Impotentes nos vuelve la misma fuerza de la gravedad, y por eso es un valor la ligereza de lo incorpóreo, a la que también pertenece lo informe, lo incoloro, lo espiritual. Las ideas están incluidas en *la ligereza*. Sin embargo, esta aspiración a la ligereza fue contravenida por el espíritu práctico de Aristóteles, según Michelstaedter. El último Platón, el Platón crítico, sería un Platón desviado de la Idea por su discípulo macedonio, interesado por el análisis de las formas sustanciales, entretenido por el θεωρεῖν ὑπὲρ πάσης οὐσίας, como mercancía que llega de lo absoluto pero que no es lo absoluto mismo.

Después de Aristóteles, la *objetividad* se convierte en el valor científico por antonomasia, pero ella a la postre no es más que



cierta subjetividad, identidad de mi conciencia con la conciencia de las cosas, o asentimiento intersubjetivo. Pero a la fundamental pregunta "Para qué", la ciencia responde siempre con un "porque" y sigue los caminos de la infinita causalidad, cada especialista en su cueva, como el cuento recuento que nunca se acaba con pan y pimienta... "Los científicos viven la vida inorgánica de las cosas" y fingen una entelequia que elimina provisionalmente las acostumbradas contingencias, violentan la naturaleza para garantizar la comodidad humana. Los términos técnicos les proporcionan cierta uniformidad de lenguaje y Michelstaedter profetiza que la lengua internacional será la lengua de los términos técnicos, como "ornamentos de la obscuridad". Para el autor toda sustitución del trabajo manual por las máquinas estupidiza. Antes de llegar al reino del silencio, cada palabra será un adorno sombrío, todas las palabras serán términos técnicos cuando todos los hombres estén por igual domesticados, reducidos a máquinas aplicadas y aseguradas. El mismo deporte, que ha tomado tan intenso protagonismo en nuestras sociedades posmodernas, le parece un trabajo tan estúpido como uniforme: "la retórica de la vida física".

CONTRA LA DOMESTICACIÓN

Particularmente duro y apocalíptico resulta el joven filósofo con la divinización del Estado propuesta por Hegel, pues reduce el hombre "feliz" a mecanismo, disgregado como individuo pero seguro y suficiente como una divinidad. Cita al alemán: "el Estado es entonces de manera absoluta el objeto mas inmediatamente determinado hacia la Historia universal, en el cual la libertad recibe su objetividad viviendo en el goce de esta objetividad"... "El Estado es la idea divina tal y como está presente en la tierra". El Estado es el máximo garante de libertades y derechos, pero se trata para Michelstaedter de la



libertad del esclavo, pues el ciudadano sacrifica sus libertades vitales a cambio de la seguridad que le ofrece el paraguas estatal, pero quienquiera que trate de asegurarse la conservación de su propia persona no hallará sino su disolución en aquel Sistema. La *retórica de los derechos*, que adula llamando personas a los prosélitos del Estado, reduce en realidad los individuos a mecanismos y –como afirma Hegel- se llama moralidad a la vitalidad del Estado en los individuos. Trabajo y propiedad son formas de violencia garantizadas por el Estado, la primera contra la naturaleza, la segunda contra el hombre. El trabajo se transforma en dinero al que se confiere la fuerza de ley. No hay ya amos, simplemente porque el Estado es el nuevo Amo absoluto. Con esto la sociedad hace lo que ningún amo haría, hace partícipes a sus esclavos de su misma autoridad... “En la sociedad organizada cada uno violenta la voluntad del otro por medio de la omnipotencia de la organización... La organización es omnipotente e incorruptible, puesto que existe por la deficiencia del individuo y por el miedo de éste”. La seguridad social absoluta es así el retroceso definitivo del individuo, su obediencia completa. Cuanto más se adapta el individuo al orden social más renuncia a ser “un persuadido”, más se entrega al *halago* de la retórica. Se vuelve masa. El rétor- sofista, el politicastro, se ha sometido previamente a quien le escucha, a los *tropoi* del sentir común y la opinión dominante, porque sólo haciéndose como ellos – apoyándose en su ignorancia- puede llegar a ellos y someterlos. El núcleo de la Retórica es la adulación, el placer de la lisonja (*kolakeía*). El publicista se adapta a la arrebatada y mudable búsqueda de placer de la masa, por eso su retórica –según Platón en el *Gorgias*-, no merece siquiera el nombre de *techné* (arte o técnica), sino que es solamente un experimentar ocasional y una práctica alógica con quien sobrevive



cobardemente aferrado a la vida (esclavo de la obstinada *philopsychía*¹²).

De nada sirve a Michelstaedter la llamada de Aristóteles al equilibrio y la medida (*mesótes*), a la vida segura que el sentido de la medida proporciona al hombre prudente. El mismo hecho de que la humanidad huya de la violencia por medio de la sociabilidad le parece una decadencia de la voluntad, un primer paso de la debilidad que, por ironía, lo dan los más fuertes. No sé si Foucault conoció, ni si cita *La Persuasión y la retórica*, pero la posición de su autor parece preceder el implícito elogio de la locura del francés (con su antecedente en las *manías* platónicas del *Fedro*): Anota que la sociedad toma por locos a los revolucionarios, que enuncian verdades como puños y las defienden con argumentos racionales, de este modo si el Estado no puede encarcelarlos como delincuentes al menos puede encerrarlos en psiquiátricos alegando su "demencia". Si Cristo regresase hoy –añade– sería "un buen caso para los frenólogos y un bien recibido huésped de los manicomios".

Cristo, como Sócrates, es para Michelstaedter paradigma del "persuadido". No es casual que ambos entregaran la vida, ¿por la vida eterna? Como en Nietzsche, está siempre presente la distinción entre la figura de Jesús y la "cultura cristiana" (retórica). El Dios cristiano no contradice la vida, pero exige una Vida Verdadera im-posible. Al contrario que Nietzsche "ateo radical", Michelstaedter sería un "ateo que cree" (Maximo Cacciari). En opinión de este autor, la Persuasión de nuestro suicida tiende precisamente a conciliar la *Peithô* clásica con la *pístis* (fe) cristiana, es decir, con Cristo. Pablo llamó *hoyi tés*

¹² No sé cuánto debe este concepto del "apego a la vida", tomado en principio de Platón, además al *conatus* de Spinoza, también judío como Michelstaedter, pero lo recuerda. Aunque el *conatus* del racionalista no tiene la carga negativa, nihilista, pesimista, que tiene la *philopsychía* en el poeta austrohúngaro.



apeitheías, "hijos de la impersuasión" a los perdidos que siguen las potencias de la carne y los malos deseos (*Efesios*, 2.2), y Atenágoras habló de la *phylpsychía* como idolatría suscitada por el "espíritu de gravedad", opuesto a la ligereza. El vocabulario de Michelstaedter parece aunar la Persuasión platónica y la angustiosa certeza de la fe cristiana (kierkegaard). Cristo ha mostrado con su pasión que la perfecta *charitas* como persuasión es don divino, *manía* o *gracia* divina procedente de una especie de *entusiasmo*. Como Parménides, Heráclito, Empédocles o Sócrates, Cristo lo dijo, pero a Sócrates lo enterraron bajo cuatro sistemas y a Cristo construyendo sobre él la Iglesia... Algunas de sus expresiones recuerdan la *parresía* cínica, tan querida por el último Foucault, una franqueza tan despiadada como demoledora.

La seguridad social vuelve al hombre imbecil porque el *neíkos*, la lucha por la vida, adopta la apariencia de la *philía*, cuando cada uno, socialmente amaestrado por el Estado, queriendo para sí, quiera para la sociedad, pues su negación de los demás será afirmación de la vida social. De este modo, cada acto del hombre será la retórica en acción. Vida mezquina.

SIN VITAL *PHILOPSYCHÍA*, SALIDA LETAL

Excéntrico de la modernidad, incapaz de pensar mediaciones entre Persuasión y Retórica, entre convicción e ilusión, entre verdad y representación, o impotente para gestionar conformidades y tolerancias con lo relativo, Carlo Michelstaedter ardió en su desesperada búsqueda de verdad y justicia. Su pretensión de infinitud se mostró incapaz de lidiar con la inmanencia como exponente ejemplar de la crisis del ideal autocreativo.

Hipnotizado por la ausencia y el rastro de lo Absoluto, intentó pensar las condiciones de posibilidad místicas -o



hiperracionales- de una verdadera *experiencia de sentido*, pero su reformulación de un imperativo filosófico absoluto, de un idealismo immaculado, no tuvo buen final o sólo halló sentido con su voluntaria muerte, como héroe del angustioso y angustiante nihilismo finisecular¹³. Sirva al menos su acción literaria y suicida de expresión conmovedora, negativamente lúcida, para sublimación estética del "dolor mudo y ciego de todas las cosas".

La Asperilla, 7, VII, 2022

¹³ Vale para su caso lo que escribió Pedro Cerezo (*op. cit.* pg 431s) para el caso Ganivet: "Muerto Dios, nada que pretenda erigirse en su lugar tiene sentido. La pasión autocreata [la Persuasión michelstaedteriana] o cae en un hipócrita esteticismo o se despeña en nihilismo ante la imposibilidad de garantizar su exigencia incondicionada (...) Lo que queda es la desesperación sin causa, que es la más terrible de las desesperaciones, producida por el vacío de la vida en general".